

EL MONITOR REPUBLICANO.

SANTOBAL—San Tiburcio mártir y San Taurino obispo.

MÉXICO, VIERNES 11 DE AGOSTO DE 1882

TURNO.

Agente del M.º P.º 4.º Lic. Emilio Monroy. Juez 4.º de lo Criminal, Lic. Carlos Flores. Juez 4.º Correccional, Lic. José M. Gamboa.

BOLETIN DEL "MONITOR."

RESUMEN.—OTRA VEZ LA CARESTÍA DE LOS EFECTOS DE PRIMERA NECESIDAD.—LA PLAZA CONTINÚA.—LA CAUSA DE QUE DIMANA.—EXTIÉNDESE A LOS ESTADOS.—LO QUE DEBE SUCEDER.—LAS FINCAS AGRÍCOLAS.—LA FALTA DE BRAZOS.—LA COLONIZACION.—ENSAYOS DESGRACIADOS.—LA SECRETARÍA DE FOMENTO.—QUE PLAN SE HA PROPUESTO.—EL CRÍMEN DE TACUBAYA.—INDAGACIONES.—LOS CULPABLES.

Anunciábamos hace pocos días, la existencia de una plaga terrible, que como una sombra aparece entre nosotros, precisamente en la época más propicia que hemos tenido, en la época en que reina el trabajo y las grandes esperanzas.

Esta plaga es la carestía de los efectos de primera necesidad que aflige, que ahoga á la clase pobre principalmente, que vive de un modesto jornal, y á la clase media también que ve con angustia mermados sus pequeños recursos. Pues, bien, esa plaga continúa en sus lamentables y desesperantes efectos; el combustible, en primer lugar; la carne, el pan, las semillas, todo tiende á la alza de su valor cada día en mayores proporciones.

Si nuestros lectores han seguido con atención las noticias que en nuestra sección de gaceta damos continuamente acerca de los Estados, habrán visto que no solo es en México en donde la carestía de efectos de primera necesidad se hace sentir de esa manera; en las entidades federativas de mayor importancia se propaga la misma plaga, advirtiéndose que mientras más importante es una ciudad, una plaza mercantil, más suben en ella de valor los efectos indispensables para la vida.

En Puebla, en San Luis, en Jalisco, y más allá, en Tabasco, Yucatán, en la frontera del Norte encarecen los comestibles, sin que para ello se encuentre una de aquellas causas que afligen á los pueblos en ciertas épocas; el año actual y el pasado han sido fértiles por demás, no debemos quejarnos de ellos, se han logrado las cosechas, el agricultor ha visto premiados sus afanes, el cielo y el suelo no se han mostrado ingratos con él y sin embargo, han tenido que alzar el precio á sus productos, porque ya la falta de brazos se hace sentir de una manera alarmante, y el año entrante el cultivo se llevará á efecto en nuestras tierras en escasa mucho menor.

Tenemos, pues, que si mal la pasan las clases pobres, los hijos del trabajo, los menesterosos, en estas circunstancias, peor tendrán que pasarla el año venidero, aumentándose su pena á medida que el tiempo avanza. La plaga que señalamos, no es de aquellas que pasan con las causas que la producen, no es como la pasajera esterilidad de los campos dimanada de la falta de la sordera de lluvias, por ejemplo; es todavía más grave, más trascendental y va en aumento y tiene que progresar á medida que aumente y que progrese el desequilibrio que dá origen al mal que nos ocupa.

Triste anuncio es este, sobre todo, para aquellos que sienten ya que su pequeño salario no es suficiente para llenar sus necesidades, y triste también debiera ser para los que tienen obligación de velar por el bienestar y por la tranquilidad de la nación.

En efecto, no somos nosotros los que opinan que todo se debe esperar de la acción del Gobierno, puesto que no consideramos á éste como el padre, sino como el servidor del pueblo, pero si queremos que se fije en todo aquello que pasa en el país para aplicar el remedio, el correctivo á los males que acaen bajo su dominio.

El Gobierno debe estudiar la situación pública bajo todas sus fases, no solo su mirada tiene que extenderse en lo relativo á la administración, sino que está en la obligación de ver más allá, de hacer sentir su influencia á veces por medios indirectos en aquello que oprime ó que aflige al pueblo que representa.

Señálese la falta de brazos como la causa principal de la carestía de los efectos de primera necesidad; sábase que los ferrocarriles han ocupado tal número de gente, que las líneas rústicas han visto entorpecidas sus tareas; los ferrocarriles aumentan, todos los días se piden ó se inician concesiones; las obras materiales se propagan, todos los días se aumentan también y se inician, y esto no puede terminar, ni debemos desear que termine, antes al contrario, seguirá en aumento, porque el gran trabajo ha sido que nos colocamos en el extremo de la vía, preciso es que ya en esta situación, prosigamos el camino á donde nos impulsa la suerte.

Pues bien, algo se ha de hacer en tal situación, la época ferrocarrilera nos ha traído ese desequilibrio, cuyos efectos todos son difíciles de prever; dominar, establecer el equilibrio perdido, hé aquí el problema que se ofrece hoy de la manera más apremiante á los que en algo influyen en esta situación.

Desde luego se presenta la colonización como la mayor de las esperanzas, y á ese paso la colonización se ataja de nosotros. Hace un año, poco más, se tomó con mucho empeño la idea de atraer inmigrantes á nuestro suelo; la colonización ocupó mucho á los altos funcionarios, que se hacían las más bellas ilusiones, que fabricaban en el aire los más hermosos castillos, y que por un momento se imaginaron que á una voz acudirían á México los pueblos enteros, ávidos de explotar nuestras famosas riquezas, mas la colonización, ya lo hemos visto, no ha tenido éxito, puede decirse que ha fracasado; el primer momento, el momento del entusiasmo pasó, y ahora, ó nos equivocamos mucho, ó habiéndose tropezado con grandes obstáculos no se piensan en allanarlos.

Grandes sumas se han gastado en los ensayos de colonización que acaban de hacerse; miremos con imparcialidad lo que ha resultado y tendremos que confesar que nada, ó casi nada se ha conseguido.

Queremos suponer no obstante que la Secretaría de Fomento no se ha desanimado, todo sirve en este mundo, hasta el poco éxito, hasta la derrota, ellos al menos proporcionan la experiencia que generalmente es la lección más provechosa en todas las circunstancias de la vida.

Queremos suponer que ese departamento de Estado á que hemos aludido se ha fijado en lo que pasa. El pueblo pobre, el que vive fuicemente de su trabajo, oye decir todos los días con palabras más ó menos reumbantes que hemos llegado al siglo de oro para México; que hemos entrado en la grande época, en la época de las mejoras materiales; que el país se transforma de una manera mágica, y que han cesado, en una palabra, todas nuestras desgracias.

Esto lo oye decir, pero no lo siente, ni puede comprenderlo, porque vuelve la mirada en torno suyo y no ve dichosos más que á los dueños de los grandes negocios y á los que se sientan en el banquete del presupuesto; los demás poco ó nada han mejorado con las mejoras materiales, por el contrario, se siente que cada día es más cara, más difícil la vida en México, y que á medida que esta época bonancible avanza, más dificultades hay para proporcionarse el sustento.

Es verdad que esto que estamos pasando debe llamarse una crisis, este desequilibrio es consiguiendo, más cuando, como hemos dicho, se ve que la crisis ha de prolongarse de una manera indefinida, y que debe aumentar, haciendo cada día más angustiosa la situación de los que sufren sus efectos, tiempo es ya de oponerse á los estragos del mal.

A ese efecto hemos querido llamar la atención de los hombres que dirigen la nave del Estado, señalándoles como un remedio la colonización; pero no de la manera con que se ha querido llevar al cabo, sino de un modo más económico para el país, y de mayores y más prácticos resultados.

Nosotros no hemos podido comprender todavía qué clase de plan se ha propuesto la Secretaría de Fomento para atraer la colonización. Lo que puede verse es que en Huatusco, en Barreto, en Tezuitlan y en San Luis, se han querido hacer ensayos en pequeña escala, ensayos que han costado demasiado al erario nacional y que están costando muy grandes sumas.

Es indispensable que la Secretaría de Fomento se haya convencido de que la colonización, bajo el punto de vista que se quiso adoptar, no ha surtido efecto, ni puede surtir; es tanto lo que cuesta cada colono, que para tener de ellos un número competente, habría necesidad de erogar inmensas sumas de dinero, sumas de que la nación, no obstante el estado floreciente de sus rentas, no puede disponer.

Desearíamos saber cuál es el plan definitivo que respecto á colonización se ha propuesto el Sr. Secretario de Fomento. Asunto es este de tal modo interesante, que bien valdría la pena que el Diario Oficial nos sacase de dudas.

Continúa la prensa comentando el crimen de Tacubaya y siguiendo uno á uno los pasos de la justicia, para descubrir hasta el último hilo de la infame trama que dió por resultado el asalto á la receptoría de rentas de aquella ciudad.

Segun hemos podido entender, ya se han hecho importantísimos descubrimientos, pero hasta ahora, tanto la policía como el juez que conoce de la causa, guardan una prudente reserva.

Las averiguaciones que actualmente se practican, pueden dar hasta el resultado de que no solo en este delito se haga la luz, sino en otros crímenes, en otros robos que hasta ahora habían permanecido ocultos, como velados por la sombra de impenetrable misterio.

Nos es grato consignar con nuestra habitual imparcialidad que en esta vez, tanto la policía, como las autoridades del Distrito, como el juez que de la causa conoce, han desplegado grande, inusitada actividad, y que debido á ella, pronto el proceso estará terminado y en disposición de llevarlo á los jueces populares.

El crimen de Tacubaya ha afectado hondamente á toda la sociedad, y por lo mismo se necesita que rápidamente comparezcan ante su tribunal competente los que resulten responsables ó culpables.

El juez, según hemos sabido, es de opinión de llevar al jurado á aquellos reos cuyo proceso ha concluido á reserva de llevar á los demás, en el momento mismo en que descubiertos que sean, se les haya instruido la correspondiente causa.

JUVENAL.

EXTRANJERO.

Revista general de Europa.

(De un periódico español.)

Sucedió lo que era natural que sucediera, dados los antecedentes que se tenían de la de la cuestión. El célebre debate político, que con tan ostentoso nombre venía anunciándose hacia algún tiempo, se llevó á cabo el día 27, pero su escasa insignificancia es solamente comparable al poco cuidado que inspiró al Gobierno el día antes y á la ninguna preocupación que le dejó el día siguiente.

En efecto: ¿qué significaba tal debate? Si, como algunos anunciaban, su objeto hubiera sido exponer el programa de la democracia dinástica, hacer la liquidación de su cuenta corriente al Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, enumerar los cargos que contra él presenta la opinión, anotar todas

las partidas que no se han satisfecho, aunque sean mil veces más sagradas que la famosa carga de justicia de doña Isabel, y como resultado de esta liquidación el Sr. Moret hubiera retirado su benevolencia, que como manto protector del Gobierno ha cubierto tantas veces su desnudez para evitar que la mayoría se riera de su jefe, como en la leyenda bíblica los ciudadanos de Sem y de Jafet evitan que Cham se ría de su padre; si después de esto, que efectivamente hubiera sido un acto, y acto de muchísima trascendencia, el jefe de los belgas hubiera expuesto netamente su programa, franco, sin nebulosidades, sin vacilaciones de ningún género, y al pie del cual pudieran poner sus firmas los disidentes de la mayoría, ese puñado de hombres políticos de talla, expulsados de su partido por el señor Presidente del Consejo, que ayer abandonaban pujantes y bríosos el camino en que ganaron tantas batallas y sufrieron tantas derrotas, y hoy, tristes y cabizbajos vagan de un lado á otro sin saber que hacer con la bandera del partido constitucional, que se echaron al hombro en un momento de arrebato; si, como resultado de todo esto, fundiéndose las dos agrupaciones, pequeñas relativamente por su número, pero grandes por su significación y por la importancia de las declaraciones que hubieran podido hacer, y formaban el tercer partido en cuyo nacimiento confiaban muchos que ya se entretenían en sacar un horóscopo y predecirle el porvenir, si todo esto hubiera sucedido, es innegable que el debate político hubiera sido el más grave acontecimiento parlamentario de la presente legislatura.

Y caso de haberse formado el nuevo partido, las simpatías todas hubieran estado á su favor, porque era un partido compuesto de hombres de buena fé que querían conciliar lo inconciliable, y su propósito era noble. Además, bastaba que invocasen el nombre de la Constitución del 69 para que á ellos volvieran benevolamente sus miradas todas las fracciones democráticas, llenas de simpatía hacia el propósito, aunque convencidas de su inutilidad, porque hay perjuicios que no se venecen, tradiciones que no se rompen, fatalidades que pesan sobre ciertas familias y ciertas instituciones como losa de un sepulcro.

Y el acto político que se intentaba, no podía tener otra solución si había de conservar su seriedad. La ruptura del Sr. Moret con el Gobierno, la separación definitiva de los disidentes, y como consecuencia de esto la formación del tercer partido, que arrebatara al actual Gabinete la benevolencia democrática, tal debía ser el programa de aquella sesión, que de haberse realizado así, bien pudiera haberse llamado memorable. Sin embargo, había en todos los que en política se ocupan algo como el convencimiento de que el acto no respondería, ni con mucho, á la importancia que desde un principio se le quiso dar, y se recordaban aquellos anuncios con que un día

“los montes, de parir dieron señales.” Y el presentimiento de estos incredulos se cumplió como si el don de profecía les animase al expresar sus temores. La sesión del día 27 fué un verdadero parto de los montes, que apuntó con ribetes de fuerza solo para demostrar su debilidad; algarada política de tan exigua trascendencia, que ni por un momento ahuyentó la sonrisa del rostro compasivo y benévolo á la par del señor presidente del Consejo.

Habló el Sr. Moret, y habló mucho, con la elocuencia que acostumbra. ¿Qué dijo? Que jamás, ni él ni sus amigos, han dicho que pensaban plantear la Constitución de 1869; que no creen bueno abrir un nuevo período constituyente, y que estando abiertas las vías legales, por ellas caminarán hasta plantear en las leyes todos los principios de la Constitución de 1869.

Y estas fueron sus declaraciones. El Sr. Sagasta comprendió en seguida todo el partido que podía sacar de ellas. Si el Sr. Moret acepta la Constitución del 76 con el espíritu de la del 69—dijo—y el Sr. Moret contestó afirmativamente,—ni el Sr. Moret ni sus amigos pueden ser la representación de un tercer partido, sino simplemente una escuela del actual.

En estas afirmaciones de los dos principales contendientes está toda la importancia del debate. Solo falta, para tener de él un cuadro más completo, añadirles lo que el Sr. Aguilera, á nombre del Sr. Martos, que no pudo asistir á la sesión, y en representación de la democracia, dijo, refiriéndose á la actitud de este partido, que continuará por ahora en la misma conducta de tolerancia con el actual gobierno, pero que como entiende que no ha realizado todas las libertades á que estaba obligado por sus antecedentes, si se formara otro partido más liberal, aquel que representase los principios consignados en la Constitución del 69, obtendría, no solo su benevolencia, sino todo su apoyo.

Basta lo dicho, para que de ello se deduzca la situación en que el debate ha dejado al gobierno y al partido moretista, que en sus primeros pasos por el camino de la vida pública ha dado ya una caída capaz de ponerle á dos pasos de la muerte.

El Gabinete ha visto fundirse ante él la nube que lo amenazaba, y que podía constituir un serio peligro para su humilde barquichuola, que corre tormenta en las olas de una mar furiosa, al cual ha arrojado imprudentemente, á las primeras brazadas las defensas que contra él tenía. Si el partido cuya formación se anunciaba no trae la Constitución del 69, ¿qué necesidad trae á la política? ¡Su espíritu! ¿Y qué significa esta palabra, de que tanto se abusa hace algún tiempo? El espíritu no se manifiesta por sí solo; necesita un cuerpo cuyos órganos obedezcan sus impulsiones; y si el espíritu es gigante y el cuerpo raquítico, el individuo que forman vive poco. Para que la vida subsista, y subsista en buenas condiciones, debe haber una perfecta identidad entre uno y otro. Trasplantada una planta

poterosa á una maceta estrecha y sin condiciones, quitada el aire libre que es su vida, y bien pronto la planta, cuyas raíces tropezarán siempre con las paredes de su prisión, morirá marchita y sin perfume, ó bien hará pedazos la maceta. Esto sucedería naturalmente si algún partido de buena fé quisiera hacer la experiencia y elevar el espíritu del 69 al Código del 76. Antes de mucho tiempo, ó los principios inmortales de la revolución dejarían de animar las leyes del país, ó las restricciones de la reacción desparecerían por completo para no ser más que una vana palabra.

Los disidentes tampoco han querido decir su última palabra. Después de tantas declaraciones que parecían separarles del todo y para siempre del partido constitucional, no se atreven ahora á pronunciar el adiós último. No están ya con el Sr. Sagasta, al que han privado de su apoyo, pero tampoco están con nadie, ni siquiera consigo mismo. Compréndese que ya que se llevaron la bandera del constitucionalismo, la hubieran plantado en alguna parte, cobijándose bajo su sombra y llamando á sí á los liberales que aun crean posible ser ministros de D. Alfonso y no ser conservadores. Pero semejantes á los pájaros, cuyo nido abatió la tormenta y que rondan en torno al árbol desgajado sin atreverse á separarse de él, aunque conociendo la imposibilidad de levantarle nuevamente exalando gemidos lastimosos, ellos también rondan alrededor del banco azul, retardando en lo posible el momento de la separación, y quien sabe si senten ya haber provocado la ruptura que les obliga á buscar en otra parte un puesto de aspirantes al poder.

La situación en que ha quedado el Sr. Moret es mas falsa todavía. Aunque absurdo, tenía antes un programa determinado, en el que á vueltas de muchas sombras, destacaba una cumbre luminosa, la Constitución de 69, mágico amuleto que le daba ventaja sobre Sagasta, y que siempre era una tentativa que hacer, un plan que llevar á cabo. Todos creían que era intentar lo imposible, pero siempre había alguna gloria en ser derrotado por una buena causa, si se abraza á ella una profunda convicción y no un deseo de medio personal. La única razón de ser del *soi-disant* partido moretista era la inconsecuencia de los constitucionales. Que el Sr. Sagasta, francamente liberal hubiera tratado de realizar esa amalgama entre las dos Constituciones, y el famoso programa belga no tenía reformas que ofrecer ni conciliaciones que intentar. La falta de Sagasta á los compromisos mas seriamente contraídos con la oposición, dió la fórmula de la vida al partido que venía á hacer en sentido mas amplio y liberal lo que el antiguo revolucionario del 68 no quería hacer. Débil era esta razón de existencia; pero al fin, buena ó mala era una razón. El Sr. Moret, con una sola afirmación la ha destruido, se ha extendido la partida de defunción mas concluyente que puede dar fé de la muerte de una agrupación política. Aceptando la Constitución del 76, el partido belga debe disolverse; no tiene ya doctrinas que den pretexto á su existencia.

Porque esta Constitución que aceptan, la acepta también el Sr. Sagasta. También este quiere llevar á ella el espíritu de la del 69, ó ir plantando *poco á poco* las reformas sin provocar un período constituyente cuyos inconvenientes reconoce y cuyas turbaciones no quiere provocar. Partiendo de esta base, no hay reforma que ofrezca el Sr. Moret que no se halle también en el programa fusionista. Y si esto es así; ¿á qué viene á la vida pública ese tercer partido que de tal modo se anuncia? ¿Qué nuevas doctrinas, qué nuevas creencias trae? ¿Qué nuevas reformas llevaría al poder? Así como el proclama de la fusión y su conducta en el Gobierno no ha hecho parecer inútil la sustitución de Cánovas por Sagasta, así también las declaraciones del debate político hacen aparecer como inútil la sustitución de Sagasta por Moret.

Triste estado de cosas el que á la sazón atravesamos, en el que según se desprende de la historia de estos últimos años, en el período de la restauración los partidos liberales solo pueden alcanzar el poder á fuerza de apostasías! Renegado de sus antecedentes el partido constitucional para conseguir el poder, y reniega de sus promesas para conservarlo. Y siguiendo el mismo accidentado camino renegó ayer el partido belga de las doctrinas que siempre sustentó para entrar en la legalidad, y reniega hoy de las pocas que conservó, creyendo sin duda que este es el único medio de tomar turno en la fuente para llenar su cantarillo. ¿Quién es capaz de saber de qué renegaría mañana en el banco azul!

Agotadas en esta discusión las fuerzas de los padres de la patria, faltos ya de alientos y sobrados de calor, para asistir al Congreso, aunque no escasos de asuntos importantes sobre que legislar, el salón empezó á verse cada vez menos concurrido y cada vez mas caluroso. Formando una proporción inversa, disminuía el de diputados. Varios días ha tenido que retrasarse la apertura de la sesión por falta de SS. SS. Todo hace su poner que el lunes próximo se celebrará la última sesión. El domingo sale la corte para la Granja.

El Gabinete fusionista vá, pues, á poder dormir tranquilo estas tardes bochornosas que se nos echan encima, sin que el temor á una interpelación de difícil respuesta le haga despertar sobresaltado. Se acerca el período de interregno, período eminentemente práctico y provechoso al decir de los ministeriales de todos los gobiernos, porque es la época en que éstos se dedican á hacer administración, y así lo publican amigos y enemigos, como indicando que el resto del año, su mayor parte, la administración anda por los suelos sin que se ocupen en ella los que por obligación no debían desatenderla ni un instante.

La política vá á dormir, y mucho tememos que su sueño esté turbado por las pesadillas. Por lo que se ha visto hasta ahora, su estado de vigilia no ha dado mucho de sí; veríamos ahora si la administración, encargada de velar y ocupar su puesto, nos deja recordos más gratos cuando torne á su somnolencia.

Tal vez á la hora que escribimos estas líneas los buques ingleses habrán roto el fuego contra Alejandria, secundados quizá por la escuadra francesa, cuyo almirante esperaba instrucciones de un momento ó otro. Si el almirante inglés lord Seymour no había enviado ayer su *ultimatum* al gobierno egipcio, intimidándole á que suspendiera todo trabajo de fortificación y defensa en Alejandria, es porque, según los últimos partes, aguardaba á que se embarcasen todos los súbditos ingleses residentes en la ciudad. Ya lo habían hecho la mayor parte de ellos, y se esperaba pronto á los demás.

Vanos, pues, han sido los esfuerzos de los comisionados reunidos en Constantinopla, ó inútiles que impidiese llegar al punto extremo á que han llegado. Lo decíamos en nuestra última Revista. La situación de los asuntos interiores de Egipto era sumamente grave. Arabi-Bey se ha hecho el campeón de la causa nacional, y como es natural, el país se ha puesto á su lado por la virtud de esa mágica palabra, independencia, que de tal modo conmueve hasta las más hondas fibras del corazón humano. Contando, como cuenta, con el ejército, ha cubierto con el velo sagrado del patriotismo sus ambiciones, y hoy la causa de Arabi es la causa del Egipto, una causa eminentemente nacional. La destitución del que hasta aquí era rebelde ministro, y hoy es campeón del Egipto, tributarlo de la Puerta y sujeto al capricho de las potencias europeas, es hoy algo más que un cambio de Gabinete; significa el triunfo de la influencia extranjera en la antigua región de los Faraones, y esto es más grave, mucho más grave que una simple modificación ministerial.

Algo borrado por la distancia, preséntase la figura de Arabi mal definida; sus contornos no están bien determinados, y no puede tenerse en Europa una idea de sus verdaderas condiciones, necesarias para aventurar un juicio sobre un porvenir probable, y por lo tanto sobre la solución de esa crisis laboriosa que puede dar motivo á una conflagración europea si de resultados de ella pónese de nuevo sobre el tapete la cuestión de Oriente, eslingo atrárgala cuya solución no quiere intentar ninguna de las grandes naciones europeas. Según sea un hombre de corazón ó un ambicioso vulgar, un carácter ó un payaso, una figura ó un fantasma, así también mantendrá su influencia sobre Egipto y llevará á buen fin la empresa belicosa de que se ha hecho jefe, ó se humillará ante una actitud decididamente ofensiva y abandonará el inmenso poder que con su audacia ha conseguido.

Hasta ahora no puede negarse que su actitud decidida responde perfectamente á la actitud de Inglaterra, que de todas las potencias, la que más preparativos hace, por lo mismo que es la que más tiene que perder y ganar en el asunto. La guarnición de Alejandria ha sido reforzada, ha aumentado las fortificaciones de la ciudad, y las amenazas inglesas no le intimidan. Insiste en mostrarse enemigo de toda ocupación, y así y prescindiendo del khedive como desoye las órdenes del Sultán que le llama á Constantinopla. Decidido, como parece, á arriesgarlo todo, no se aparta del puesto de honor que las circunstancias le designan. Se ha empeñado en un juego muy peligroso y en los actuales momentos está jugando su última carta. Es verdad que en la contraria está su vida, pero en la suya está quizá el trono independiente del Egipto.

Los grandes preparativos militares que hace Inglaterra en Malta y la India, preparando tropas de ocupación que ascienden según los telegramas, á 25,000 hombres, y los que por su parte lleva á cabo Francia, disponiendo para el embarque á sus soldados de Túnez, son síntomas harto alarmantes para que á nadie se le oculte su inmensa gravedad. Hay que tener muy en cuenta, que la cuestión de Oriente está allí, esperando una solución que nunca llega y que puede estallar en cualquier hora y con un pretexto cualquiera. No hay que olvidar tampoco el grave perjuicio que los egipcios pueden hacer á las naciones europeas cerrando á su comercio el canal de Suez, cuya seguridad en algunos despachos alarmantes parece sumamente amenazada. Hay quien cree minadas las obras que le defienden y presenta á Arabi dispuesto á obstruir su paso, caso de una intervención armada que está dispuesto á rechazar, aun cuando esa intervención salga de Constantinopla.

Los momentos son críticos para todos; para la Puerta como para Egipto, como para las potencias de Europa que tienen grandes intereses que defender y que los ven en inminente peligro. Pronto conoceremos la solución de este problema verdaderamente pavoroso.

Indiferentes á las graves cuestiones que frente á Alejandria se debaten, fanáticos y nihilistas prosiguen sin descanso su encarnizada lucha contra sus gobiernos respectivos.

que su sueño esté turbado por las pesadillas. Por lo que se ha visto hasta ahora, su estado de vigilia no ha dado mucho de sí; veríamos ahora si la administración, encargada de velar y ocupar su puesto, nos deja recordos más gratos cuando torne á su somnolencia.

Tal vez á la hora que escribimos estas líneas los buques ingleses habrán roto el fuego contra Alejandria, secundados quizá por la escuadra francesa, cuyo almirante esperaba instrucciones de un momento ó otro. Si el almirante inglés lord Seymour no había enviado ayer su *ultimatum* al gobierno egipcio, intimidándole á que suspendiera todo trabajo de fortificación y defensa en Alejandria, es porque, según los últimos partes, aguardaba á que se embarcasen todos los súbditos ingleses residentes en la ciudad. Ya lo habían hecho la mayor parte de ellos, y se esperaba pronto á los demás.

Vanos, pues, han sido los esfuerzos de los comisionados reunidos en Constantinopla, ó inútiles que impidiese llegar al punto extremo á que han llegado. Lo decíamos en nuestra última Revista. La situación de los asuntos interiores de Egipto era sumamente grave. Arabi-Bey se ha hecho el campeón de la causa nacional, y como es natural, el país se ha puesto á su lado por la virtud de esa mágica palabra, independencia, que de tal modo conmueve hasta las más hondas fibras del corazón humano. Contando, como cuenta, con el ejército, ha cubierto con el velo sagrado del patriotismo sus ambiciones, y hoy la causa de Arabi es la causa del Egipto, una causa eminentemente nacional. La destitución del que hasta aquí era rebelde ministro, y hoy es campeón del Egipto, tributarlo de la Puerta y sujeto al capricho de las potencias europeas, es hoy algo más que un cambio de Gabinete; significa el triunfo de la influencia extranjera en la antigua región de los Faraones, y esto es más grave, mucho más grave que una simple modificación ministerial.

Algo borrado por la distancia, preséntase la figura de Arabi mal definida; sus contornos no están bien determinados, y no puede tenerse en Europa una idea de sus verdaderas condiciones, necesarias para aventurar un juicio sobre un porvenir probable, y por lo tanto sobre la solución de esa crisis laboriosa que puede dar motivo á una conflagración europea si de resultados de ella pónese de nuevo sobre el tapete la cuestión de Oriente, eslingo atrárgala cuya solución no quiere intentar ninguna de las grandes naciones europeas. Según sea un hombre de corazón ó un ambicioso vulgar, un carácter ó un payaso, una figura ó un fantasma, así también mantendrá su influencia sobre Egipto y llevará á buen fin la empresa belicosa de que se ha hecho jefe, ó se humillará ante una actitud decididamente ofensiva y abandonará el inmenso poder que con su audacia ha conseguido.

Hasta ahora no puede negarse que su actitud decidida responde perfectamente á la actitud de Inglaterra, que de todas las potencias, la que más preparativos hace, por lo mismo que es la que más tiene que perder y ganar en el asunto. La guarnición de Alejandria ha sido reforzada, ha aumentado las fortificaciones de la ciudad, y las amenazas inglesas no le intimidan. Insiste en mostrarse enemigo de toda ocupación, y así y prescindiendo del khedive como desoye las órdenes del Sultán que le llama á Constantinopla. Decidido, como parece, á arriesgarlo todo, no se aparta del puesto de honor que las circunstancias le designan. Se ha empeñado en un juego muy peligroso y en los actuales momentos está jugando su última carta. Es verdad que en la contraria está su vida, pero en la suya está quizá el trono independiente del Egipto.

Los grandes preparativos militares que hace Inglaterra en Malta y la India, preparando tropas de ocupación que ascienden según los telegramas, á 25,000 hombres, y los que por su parte lleva á cabo Francia, disponiendo para el embarque á sus soldados de Túnez, son síntomas harto alarmantes para que á nadie se le oculte su inmensa gravedad. Hay que tener muy en cuenta, que la cuestión de Oriente está allí, esperando una solución que nunca llega y que puede estallar en cualquier hora y con un pretexto cualquiera. No hay que olvidar tampoco el grave perjuicio que los egipcios pueden hacer á las naciones europeas cerrando á su comercio el canal de Suez, cuya seguridad en algunos despachos alarmantes parece sumamente amenazada. Hay quien cree minadas las obras que le defienden y presenta á Arabi dispuesto á obstruir su paso, caso de una intervención armada que está dispuesto á rechazar, aun cuando esa intervención salga de Constantinopla.

Los momentos son críticos para todos; para la Puerta como para Egipto, como para las potencias de Europa que tienen grandes intereses que defender y que los ven en inminente peligro. Pronto conoceremos la solución de este problema verdaderamente pavoroso.

Indiferentes á las graves cuestiones que frente á Alejandria se debaten, fanáticos y nihilistas prosiguen sin descanso su encarnizada lucha contra sus gobiernos respectivos.

La nueva ley de represión, de la que tanto esperaba el honorable M. Gladstone, que creía que el solo anuncio de esta medida contendría á los conspiradores, ha resultado perfectamente inútil. Siguen á la orden del día los atentados misteriosos, cuyos autores no son nunca hubidos. Las calles y plazas de Dublin parecen empedradas de asesinos que en un momento dado salen, no se sabe de dónde, eligen sus víctimas, y se pierden después en la sombra de donde salieron, llevándose á ella la satisfacción ó el remordimiento de su crimen. Las personas que se creen amenazadas, van acompañadas siempre de dos soldados y un agente de